

AQUELLOS QUINIENTOS AÑOS

Rodolfo Alonso

Aunque parezca mentira, después de tantas décadas, la cosa continúa dando lugar a encendidas discusiones. Con el ejemplar espíritu pluralista que lo caracterizó desde un comienzo, en su edición del domingo 11 de octubre de 1992 el benemérito suplemento literario del diario argentino *La Gaceta* (publicado desde hace largo tiempo en la ciudad de Tucumán) nos entregó dos opiniones francamente contrapuestas sobre el denominado Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Dado que me sentí cabalmente interpretado por lo que expuso en su meditado trabajo María Eugenia Valentí, de mesurado pero firme tono crítico con respecto a la idea misma de Descubrimiento y a la conmemoración de la Conquista, quizá estuvo de más puntualizar —como lo hice— las diferencias que, a mi modesto entender, me separaban de la laudatoria posición adoptada en cambio por Rodolfo A. Cerviño.

Pero en las “Consideraciones” de este último vi reiterarse o acentuarse ciertos conceptos que, por su alcance, que cubría mucho más que una opinión individual, y también por sus lesivas consecuencias, me sentí obligado a refutar. Comenzaba afirmando que toda visión negativa del hecho en cuestión no es sino “despotricar contra España”, actitud que lo inquietaba aún más “por parte de indigenistas de apellidos latinos” o, peor todavía, directamente “descendientes de españoles”. Con lo cual se pretendía acaso retrotraernos a los lazos tribales o de clanes, donde la sangre impera sobre cualquier razonamiento, y se revelaba al mismo tiempo cierto ultranacionalismo peninsular si no ingenuo por lo menos anacrónico, ya que arrastra todavía los restos de aquel sueño imperial que alguna vez tuvo dominios donde no se ponía el sol y que comenzó a hundirse, por su propio peso, junto con la Armada Invencible. Es como si hubiera revivido la España de la Contrarreforma que se propuso encerrarse a cal y canto, dejando fuera a los vientos que conmovían a Europa. Es quizá el mismo sueño de la España que desangró al pueblo español entre 1936 y 1939, y que luego lo sumergió en una dictadura de prácticamente cuatro décadas.

Con la misma intención que más adelante trata de identificar a “la posición indigenista” con “los izquierdizantes”, no sin despedir agudo olor a azufre y procurando revivir fantasmas que tal vez ya no asustan a nadie, el autor procuraba regalarle a Fidel Castro la paternidad del concepto “genocidio”, cuando éste ya se

venía aplicando desde largo tiempo atrás (recuérdese a modo de mínimo ejemplo la liquidación del pueblo armenio por los turcos o la siniestra “solución final del problema judío”, emprendida con su alta capacidad tecnológica por el nazismo alemán, que cada tanto vuelve a dar peligrosas señales de vida). Y así alcanzaba Cerviño un momento que quizá se pretendía medular. Los que critican, decía, “Parten de un error garrafal: contemplar el pasado con ojos del presente.”

Yo no logro entender a qué clase de moral puede aplicarse este criterio de que el crimen pasado ya no es crimen pero, como quien suele defender a la Conquista *in toto* también suele preciarse de catolicismo ortodoxo, me pregunto entonces por qué habrá pedido el Papa, en su visita de aquel entonces a la República Dominicana, abiertamente perdón por las atrocidades cometidas contra los indios. ¿Le adelantaría el reloj? ¿Estaría mirando el pasado con ojos del presente? ¿O simplemente reconoce lo que es cierto y, de acuerdo con sus creencias, pide ahora perdón por ello? Pero la identificación con el dogma impuesto a filo y punta, sin lugar a sutilezas, cueste la sangre que costare, se acentuaba de inmediato para Cerviño en otro momento diríamos crucial. Así, se afirmaba olímpicamente que “el indigenismo único, obligatorio, es el que nos ofrece la tradición hispánica: cristianizar, culturizar al indio”. Con lo cual se llega a este interesante silogismo: el único indio bueno es el que ha dejado de serlo. Que no deja de recordarme lo que dijo también entonces Juan Pablo II en Santo Domingo: “¿Cómo podría olvidar la Iglesia en este V Centenario los enormes sufrimientos infligidos a los pobladores de este continente durante la época de la conquista y la colonización?” Y que si nos hace ineludiblemente recordar, no sin emoción, a uno de los pocos contemporáneos dignos que supo decir realmente entonces, en España, palabras como éstas: el Padre Bartolomé de las Casas, también consigue que continúe añorando aquel momento ejemplar de la historia de España en que convivían allí fructuosamente culturas tan diferentes —y a la vez tan ligadas— como cristianos, musulmanes y judíos, dando consistencia en la paradigmática Escuela de Traductores de Toledo a una de las épocas de mayor esplendor cultural de la península.

Buscando un patronazgo por lo menos discutible a la luz de ciertos archivos por aquel entonces hacía poco

La contundente elección del primer presidente indígena de Bolivia, Evo Morales, vuelve a poner de actualidad uno de los más dolorosos fundamentos de la identidad latinoamericana

hechos públicos, se recurría luego a aquel esquemático apotegma adoptado acaso ladinamente por Perón: “la única verdad es la realidad”, para tratar de convencernos de que “conquistas y colonizaciones por naciones europeas” son una “realidad”, es decir, hechos, actos vacíos de sentido a los que no cabe juzgar, “sólo eso, algo que sencillamente se dio”. Pero cualquier habitante de la zona sur bonaerense aledaña a la ciudad de Buenos Aires puede preguntarse por qué se llama Quilmes una localidad que hay allí cerca, cuando los auténticos indios quilmes eran habitantes originarios del Noroeste argentino, cuyos últimos sobrevivientes, sólo viejos, mujeres y niños, después de haber visto a los suyos diezmados sin piedad por negarse a perder su identidad, fueron luego llevados a desaparecer tan lejos de su habitat original (aunque nunca hubieran escuchado la palabra “genocidio”). O cualquier persona medianamente culta puede preguntarse también por qué fueron quemados, por orden de los frailes Juan de Zumárraga y Diego de Landa, el noventa por ciento de los códices mayas para cortarles a los herederos de esa empinada civilización todo contacto con su propio pasado —sin duda infructuosamente, porque aún hoy sobreviven alrededor de veinticinco lenguas mayas en uso—. Entonces, por lo menos, tampoco debería gastarse tanto pico en seguir idealizando a hombres de fuego y hierro.

Porque el mismo Cerviño nos transmitía nitidamente la verdad objetiva, reconociendo quizá inconscientemente lo mismo que estaba negando en la opinión de sus contradictores: “Se hace referencia a la crueldad española como si las penas que aplicaban no hubiesen sido las usuales en Europa”, no vacilando en enumerarlas fríamente: “mutilaciones de nariz, orejas, brazos o manos”. A confesión de parte... Y, por si fuera poco, se nos pretendió endilgar nada menos que a San Martín y Bolívar como “exponentes ejemplares del genio hispánico”, cuando ellos se ocuparon, por el contrario, de liberar prolijamente a Latinoamérica de todas las ataduras que todavía nos ligaban con el imperio español.

Es la misma estructura que luego expulsó de España a millones de inmigrantes que, siglos después, al seguir sin encontrar futuro en su propia tierra, vinieron a América pero no a conquistar sino a trabajar. España era también la pobre Galicia de los Cerviño y de los Alonso, a la cual los mismos Reyes Católicos despojaron por entonces de su propia identidad, prohibiéndole el uso de su idioma —que había llegado al esplendor de los trovadores y de Alfonso el Sabio— incluso en documentos públicos. No es casual que hubiera tantos españoles y, específicamente, tantos gallegos en los movimientos revolucionarios americanos de comienzos del siglo XIX. Pero no creo que ni ellos ni los patriotas criollos se hubieran rebelado contra la España de Séneca, Averroes y Maimónides, de la Escuela de Traductores de Toledo, de San Juan de la Cruz y de

Quevedo, de Cervantes y de Goya, de Unamuno y Valle-Inclán, de Servet y Cajal, de Machado y García Lorca, rica de sentidos y horizontes diversos, siempre españolísima y siempre enriquecedora, sino contra el peso oprobioso de un autoritarismo rígido y de un dogmatismo cerril que mantuvieron durante siglos apartada a la misma España de la modernidad, y cuyos velos recién en los últimos tiempos comenzaron allí a descorrerse.

Porque en cuanto a cuestiones de linaje, sería justamente a alguien que porta el apellido de Cerviño, de clara estirpe galaica, a quien correspondería recordar que España fue siempre en su entraña y es ahora, gracias a la democracia felizmente renacida, una pluralidad de identidades, esas *Españas* donde pueblos de caracteres tan marcados como vascos, catalanes y gallegos conviven con los otros que juntos integran esa España que tan bien se autodefine actualmente como el Estado de las Autonomías. Aprendamos de esa España de hoy a ser nosotros mismos sin obligar a nadie, permitiendo el florecimiento de la más rica y fecunda diversidad, en el pasado, en el presente y en el futuro. Si algo somos de auténtico es lo que nos surge libremente, espontáneamente, no lo que nos obligan o nos obligamos a ser. Y ya que parecía poco probable que asimilara un filme tan atinado como *1492*, magistralmente dirigido por Ridley Scott, ¿estuvo de más quizá, entonces, sugerirle incluso a Rodolfo A. Cerviño que tratara de reflexionar, lo más detenidamente posible, acerca de por qué la Real Academia Sueca otorgó el Premio Nobel de la Paz a una dirigente india de origen maya-quiché como la guatemalteca Rigoberta Menchú o, si eso fuera mucho pedir, qué sentido tiene para él ese cable de la agencia Ansa, fechado el 16 de octubre de 1992, informándonos que en la Amazonia brasileña se descubrieron vestigios de una evolucionada civilización indígena de ocho mil años de antigüedad, organizada casi como un Estado moderno y con importantes ciudades? ☒

Rodolfo Alonso (Buenos Aires, 1934). Poeta, traductor y ensayista argentino. Miembro del Concepto Editorial de *Archipielago*. Premio Nacional de Poesía. Orden *Alejo Zuloaga* de la Universidad de Carabobo (Venezuela). Palmas Académicas de la Academia Brasileña de Letras. Premio Único de Ensayo Inédito de la Ciudad de Buenos Aires. Premio Festival Internacional de Poesía de Medellín (Colombia).